

Este libro es una actualizada reunión de trabajos sobre las tierras altoandinas argentinas, un aporte interdisciplinario que viene a llenar un vacío de conocimiento. Los textos, de excelente calidad, cubren un amplio espectro, tanto temático como escalar, y dan cuenta de la creciente producción académica que se viene registrando en estos años alrededor de las montañas.

Lo que posiblemente sea la mayor virtud de este conjunto de trabajos es que están basados en un detallado trabajo de campo. Sin que la teoría ni la recopilación bibliográfica sean dejadas de lado, sirven como marco para la profundización empírica, tan necesaria para esta región, sobre todo cuando se trabaja a escala local, como sucede en muchos de estos artículos. Se trata de un libro que viene a llenar un lugar no ocupado, con trabajos muy bien estructurados que dan un panorama amplio y variado sobre el espacio altoandino del noroeste argentino, y que será sin duda una referencia obligada en el mundo académico y un aporte para la definición de políticas adecuadas.

Carlos Reboratti



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

IIIT Instituto Interdisciplinario Tilcara

ISBN 978-987-3617-52-2



9 789873 617522



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Espacialidades altoandinas. Tomo I Alejandro Benedetti y Jorge Tomasi (comp.)



Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina

Tomo I: Miradas hacia lo local,
lo comunitario y lo doméstico

**Alejandro Benedetti y Jorge Tomasi
(compiladores)**

Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina

Este libro ha sido financiado a través del Proyecto PIP-CONICET 0148 (2011) "Actividades económicas, movilidades y formas de asentamiento en las tierras altas de la región circumpuneña (siglos XVII al XXI)", dirigido por la Dra. Raquel Gil Montero

**Espacialidades altoandinas.
Nuevos aportes desde la Argentina**
Tomo I: Miradas hacia lo local,
lo comunitario y lo doméstico

Alejandro Benedetti y Jorge Tomasi (compiladores)
Autores: Sebastián Abeledo, Lucila Bugallo, Lina María Mamaní,
Julia Costilla, Guillermina Espósito, Jorge L. Cladera,
Mariana Quiroga Mendiola, Jorge Tomasi, Verónica S. Lema

Prólogo de Raquel Gil Montero



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Decana
Graciela Morgade

Vicedecano
Américo Cristófalo

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretaría Académica
Sofía Thisted

Secretaría de Hacienda y Administración
Marcela Lamelza

Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil
Ivanna Petz

Secretaría de Investigación
Cecilia Pérez de Micou

Secretario de Posgrado
Alberto Damiani

Subsecretaría de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones
Matías Cordo

Subsecretario de Publicaciones
Miguel Vitagliano

Subsecretario de Transferencia y Desarrollo
Alejandro Valitutti

Subsecretaría de Relaciones Institucionales e Internacionales
Silvana Campanini

Dirección de Imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Saberes

Diseño de tapa e interior: Magali Canale-
Fernando Lendoiro
Diagramación: Lucía Zucchi
Imagen de tapa: Fragmento del Mural de
Claudia Lassaletta para el IPAF-NOA (INTA).
Gentileza de la Autora. Fotografía: Pablo Canedi

ISBN (obra completa) 978-987-3617-51-5
ISBN (tomo I) 978-987-3617-52-2
© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2014

SUBSECRETARÍA DE PUBLICACIONES
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires -
República Argentina. Tel.: (011) 4432-0606 int. 167
info.publicaciones@filo.uba.ar | www.filo.uba.ar

INSTITUTO INTERDISCIPLINARIO TILCARA
Belgrano 445 - Tilcara, Provincia de Jujuy,
República Argentina. Tel.: (0388) 495-5768
tilcara.comunicacion@filo.uba.ar

Espacialidades altoandinas. Nuevos aportes desde la Argentina : Miradas hacia lo local, lo comunitario y lo doméstico / Sebastián Abeledo ... [et al.] ; compilado por Alejandro Benedetti y Jorge Tomasi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2014. v. 1, 352 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-3617-52-2

1. Antropología. 2. Arqueología. 3. Etnografía.. I. Abeledo, Sebastián II. Benedetti, Alejandro, comp. III. Tomasi, Jorge, comp. CDD 305.8

Criar y ser criados por las plantas y sus espacios en los Andes Septentrionales de la Argentina

Verónica S. Lema

—¿Has visto cómo crecen las plantas?

Al lugar en que cae la semilla acude el agua: es el agua la que germina, sube al Sol. Por el tronco, por las ramas, el agua asciende al aire, como cuando te quedas viendo el cielo del mediodía y tus ojos empiezan a evaporarse. Las plantas crecen de un día a otro.

Es la tierra la que crece, se hace blanda, verde, flexible. El terrón enmohecido, la costra de los viejos árboles, se desprende, regresa. ¿Lo has visto? Las plantas caminan en el tiempo, no de un lugar a otro: de una hora a otra hora. Esto puedes sentirlo cuando te extiendes sobre la tierra, boca arriba y tu pelo penetra como un manojito de raíces, y toda tú eres un tronco caído.

—Yo quiero sembrar una semilla en el río, a ver si crece un árbol flotante para treparme a jugar. En su follaje se enredarían los peces, y sería un árbol de agua que iría a todas partes sin caerse nunca.

Jaime Sabines, *Adán y Eva* (1952)

Introducción

A lo largo de este trabajo me propongo analizar en qué medida espacios usualmente considerados solo en su aspecto productivo cumplen un rol destacado en la conformación y dinámica del espacio social andino, más allá de su aporte a la cadena de generación de recursos. Para ello analizaré particularmente espacios ligados a la crianza de especies vegetales, a través del estudio de información registrada en distintas comunidades locales del Noroeste argentino (NOA),¹ centrándome en aquellas situadas en espacios altoandinos² de puna y prepuna. Abocarme en este trabajo a lo vegetal, responde a mi desempeño académico en el ámbito etnobotánico.³ La etnobotánica tiene como objetivo analizar la interrelación dinámica entre sociedades humanas y comunidades vegetales en su contexto ambiental y sociocultural (Alcorn, 1995). La misma intersecta la división académica entre ciencias naturales y sociales, por lo que se sustenta en un espacio transdisciplinario donde también las voces de los actores locales tienen un lugar destacado a partir de un giro semántico y epistémico sobre el prefijo “etno” (Albuquerque y Hurrell, 2010). La etnobotánica aborda la complejidad propia de comunidades vegetales y sociedades

1 Para un análisis de la categoría espacial de NOA, su historia e implicancias, véase Benedetti (2009). En este trabajo menciono esta región entendiéndola como un instrumento conceptual generado en la tradición regionalizadora de la arqueología —y en menor medida de la antropología— argentina que entiende a la región del NOA desde una perspectiva político-cultural en tanto unidad geohistórica de análisis.

2 A los fines de este trabajo empleo el término altoandino en sentido estrictamente geomorfológico, en tanto comprende las áreas que se encuentran por sobre los 3.500 msnm y abarca las provincias biogeográficas de puna y prepuna.

3 Desarrollé investigaciones etnobotánicas tras licenciarme como antropóloga y obtener el Doctorado en Ciencias Naturales en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata, ámbito académico en el cual continúo trabajando como docente e investigadora del CONICET.

humanas como constructos históricos, con caracteres tanto estructurales como contingentes, procurando obtener una nueva epistemología que permita entender el devenir de los dos principales términos que anclan y delimitan la relación bajo estudio. Busca comprender, por una parte, cómo una comunidad vegetal deviene en biocultural al ser aprehendida, transformada, interpelada, incorporada y reproducida bajo el sistema social y la agencia de las personas con quienes ha establecido relaciones a lo largo del tiempo. Por la otra, analizar el devenir de personas y colectivos sociales que han sido alimentados, protegidos, amenazados, interpelados, reproducidos, transformados y sustentados por comunidades vegetales.

Los casos de estudio en comunidades altoandinas sobre los cuales trataré en este trabajo suelen considerarse como parte del “mundo andino” refiriendo con ello, no solo a la continuidad orográfica de los Andes, sino también a una suerte de unidad en prácticas, representaciones y modalidades culturales. Esto no implica pensar en un área cultural a la manera de los *kulturkreise* de las escuelas histórico-culturales, sino reconocer que las comunidades que ocupan el NOA producen, reproducen y transforman prácticas sociales, discursos, formas de habitar el espacio, de entender la historia local y de conformar agregados sociales que poseen aspectos comunes a lo que se registra en otras comunidades locales asentadas en el norte de Chile, sur de Perú y centro-oeste de Bolivia. Esto no quita el hecho de que posean, dentro de los aspectos previamente enumerados, matices propios y distintivos. Es por ello que en este trabajo opté por hablar de los Andes septentrionales de Argentina.

Si bien puede parecer que hablar de “los Andes septentrionales de Argentina” es un eufemismo que reemplaza a NOA, es en realidad un intento por alejarme de la carga de significaciones políticas y académicas que se encuentra

en gran medida implícita en esta última categoría regional. A su vez, el empleo de esta nueva categoría espacial permite hablar del ámbito andino, pero no desde lo orográfico, sino desde lo sociohistórico (por ello hablamos de septentrionales y no de meridionales) y también considerar a las comunidades en el contexto de su conformación histórica y situación actual en la Argentina; procuramos, por lo tanto, generar una acepción que dé cuenta de una geografía multiescalar (Benedetti, 2009). Haré uso de esta categoría como herramienta analítica y conceptual que me permita explorar modelos interpretativos generados a partir del estudio de otras comunidades andinas, analizando luego en qué medida dichos modelos son herramientas heurísticas útiles para interpretar los espacios y el paisaje productivo de los casos que presento. Este será también un aporte para reflexionar lo “andino” como constructo social, histórico y ambiental desde los Andes septentrionales de Argentina. A continuación presento algunas perspectivas analíticas para abordar el estudio de la espacialidad en la interfase productivo/extractivo, cultivado/natural, ahondando en modelos andinos de interrelación.

Espacio biocultural: prácticas, materialidades “vivas” y la crianza mutua en los Andes

En este trabajo me abocaré a lo que llamo “espacios bioculturales”. Dicho término refiere a unidades espaciales con componentes vegetales, localmente reconocidas, donde ciertas prácticas –guiadas por la concepción local de la interrelación entre humanos y no humanos– generan ámbitos intervenidos por la doble agencia⁴ de personas y

4 Ambos seres son agentes más allá de la relación de crianza, en tanto tienen potencialidades propias que los habilitan para establecer múltiples vínculos relacionales manteniendo

organismos vivos. Entre estas dos últimas entidades se produce una articulación, una unión dialéctica que se mueve a través del tiempo y el espacio, por lo cual prácticas y plantas, acopladas relacionalmente, serán distintas, particulares, en un momento y lugar dados, generándose entidades bioculturales (*vg.* conjuntos de plantas cultivadas) situadas e históricamente contextualizadas. Estos agentes se transforman mutuamente y, al hacerlo, transforman al mundo en el que habitan; la historia es el proceso en el cual humanos y no humanos están impulsándose mutuamente a “ser”, por lo que las acciones humanas en el ambiente son de incorporación antes que de inscripción (Ingold, 2000). Al no ser de inscripción, no es de manufactura, no se hace un artefacto a partir de un material inerte preexistente y sin historia, sino que la agentividad propia de las plantas establece condiciones para su cultivo, cuidado o crianza. Ingold (2000) sugiere fundir las categorías semánticas de “hacer/fabricar” (*making*) propias del mundo inerte, con la de “criar” (*growing*) propia del mundo vivo, como resultado del compromiso mutuo de agentes activos en el “hacer”. Se asume que la recreación performática constante de un entrelazamiento simultáneo es el modo por el cual agentes humanos y no humanos existen los unos para los otros (Seamon, 2010).

En las aproximaciones a este tema en el mundo andino se ha empleado generalmente el modelo relacional de re-

una identidad que les permite tener continuidad de representación en la narrativa local. El espacio biocultural se constituye como tal por el mutuo agenciamiento que manifiestan sus potencialidades –mediadas y posibilitadas por otros seres (herramientas, agua, pircas)– que generalmente intervienen activamente en la crianza y establecen una relación que les habilitará cierta capacidad agentiva sobre los otros términos de la relación y sobre la relación misma de crianza. Por ello el espacio biocultural es un ámbito de manifestación de potencialidades y capacidades agentivas cuya fisicalidad y materialidad interviene en y es criada por dichas manifestaciones. Agradezco los atinados comentarios de Marcos Quesada que me hicieron destacar estos aspectos.

ferencia denominado *uywaña* (en aymara) o bien “crianza mutua” (Grillo Fernández, 1994), el cual se emplea a veces como sinónimo de domesticación, aunque la correlación semántica no es directa. Partiendo de una base etimológica se suele entender a la domesticación como la acción de “traer al *domus*”, la asunción, en un momento de la historia humana, de una división entre doméstico (de la casa, del hogar⁵) *versus* salvaje o silvestre (la naturaleza, lo agreste, el *agrius*) y luego la transformación práctica y simbólica de traer lo silvestre al hogar y transformarlo (Hodder, 1992; Harlan, 1992; Haber, 2006). La domesticidad se traduciría en las relaciones y prácticas de transformación de la naturaleza y la definición de las unidades sociales de apropiación de la misma (Haber, 2006). Hodder (1992) y Haber (2006) realizan un desplazamiento semántico entre la sujeción de la naturaleza externa (domesticación) a la sujeción de la naturaleza “interna” o social (dominación), siendo la domesticidad un metapatrón, una relación entre relaciones (de humanos entre sí y de humanos y componentes naturales), articulada por una dialéctica entre dominación y naturalización. Esto parecería contrastar con el empleo de *uywaña* como marco de significación (Haber, 1997) el cual, a continuación, desarrollamos brevemente.

En los Andes, el cosmos está constituido por múltiples sujetos, definidos como todos los que puedan dispensar potencia (*qallpa*), base de toda acción constructiva y productiva, como también dañina o negativa, siendo el intercambio de esfuerzos la base de toda socialidad; donde la vida se reproduce por medio del diálogo, los intercambios y los pactos entre los sujetos del cosmos, existiendo una negociación permanente para restablecer y renovar acuerdos, conside-

5 La Casa no es lo mismo que el Hogar (y viceversa), ya que sobre la construcción física debe darse una transformación ontológica que habilite la apropiación práctica y simbólica de ese espacio, que lo domestique (Tomasi, 2011).

rando las potencias propias de los actores de la negociación (Cavalcanti Schiel, 2007). Este multinaturalismo andino lo evoca también un paisaje que se concibe interlocutor y comensal (Vilca, 2009). Esto carga de agentividad a las plantas, los suelos, el clima, los animales, los cerros y al espacio físico en general, remitiendo a la diferencia entre “hacer/fabricar” y “criar” que hace Ingold (2000). La conversación, entendimiento, negociaciones, pactos, reciprocidades, intercambios y acuerdos entre entes humanos y no humanos que constituyen la crianza, la entrelazan con el parentesco. Podemos decir que domesticar no sería tanto traer al *domus*, al hogar, domesticar –criar, en el mundo andino aymara– es incorporar al *ayllu*,⁶ es ligar a los seres humanos y no humanos a esa dimensión parental de la vida social.

El *ayllu* incluye la chacra, animales de pastoreo, cerros, ríos, entre otros, con quienes se establecen relaciones de parentesco o compadrazgo, *ayllu* y *pacha* se crían mutuamente, al igual que la casa se cría mutuamente con la familia (Grillo Fernández, 1994; Valladolid Rivera, 1994). Todos crían chacra (el cerro, los seres humanos, el zorro) y son criados por la chacra que crían, por lo cual, en el mundo aymara, conceptualmente chacra es todo aquello que se cría (Valladolid Rivera, 1994). En los Andes chilenos, esta categoría unifica también a todos los espacios de crianza de especies vegetales (Aldunante *et al.*, 1981). En este sentido, Mayer (2004) se opone a la noción de “unidad doméstica” (*household*) forjada en el seno de la antropología económica, la cual separa a la casa/vivienda/residencia de las áreas de producción, para ver luego cómo se relacionan, ya que en los Andes “los campos también forman parte de la unidad doméstica, son el lugar donde las semillas se convierten en cosechas” (Mayer, 2004: 21).

6 Sigo el concepto de *ayllu* empleado por Sendón (2009).

También zonas consideradas "naturales" pueden cultivarse, como ciertos sectores de las praderas altoandinas que son criados mediante abono, riego, cercos y quemas controladas a fin de que críen a las alpacas y llamas y estas, a su vez, a las personas (Quiso Choque, 1994). En muchos casos, criar y cultivar son sinónimos, crianza implica "cultivo, protección, aliento, amparo" (Rengifo Vásquez, 1999: 132).⁷ Este modelo andino se condice con aproximaciones hechas desde la etnobotánica donde se ha visto que pueden cultivarse especies silvestres o malezas estando el cultivo, en tanto práctica, no siempre objetivado en plantas domesticadas (Harlan, 1992).⁸

Comunidades locales mencionadas en este trabajo

Si bien aquí presento el caso de la comunidad aborigen de Huachichocana, mi intención no es centrarme solo en ella, sino hacer uso también de registros realizados en otras comunidades altoandinas a fin de caracterizar espacios bio-culturales de crianza a nivel regional y evaluar, en términos más generales, su rol dentro del espacio social andino. A lo largo de este trabajo haré referencia a las comunidades de Antofagasta de la Sierra (García *et al.*, 2002), Antofalla (Quesada, 2007; Quesada y Lema, 2012) (puna catamarqueña), Rachaite, Coranzulí (Ottonello y Ruthsatz, 1986; Lema, 2006), Yavi (Lupo y Echenique, 1997), Susques y Cochinoca

7 Estos términos connotan también sentidos políticos ya que definen para los sujetos que intervienen en la relación de crianza vínculos de mutua pertenencia, es decir definen sentidos de apropiación. En muchos lugares de la puna las relaciones de propiedad no están referidas con los términos "dueño" o "propietario" sino que más frecuentemente están implicadas en los términos "amparar", "cuidar", "ocuparse de" (Marcos Quesada, com. pers.).

8 En sentido estricto, plantas domesticadas son aquellas que no pueden reproducirse sin asistencia humana o, en sentido afirmativo, que requieren de la asistencia humana para subsistir como tales.

(Tomasi, 2011; Bugallo y Tomasi, 2012) (Puna de Jujuy). Los autores aquí citados fueron seleccionados en función de la temática del trabajo y la extensión del mismo, remitiendo al lector a dichas publicaciones para una descripción detallada de las comunidades referidas. En el caso de la comunidad aborigen de Huachichocana, ubicada en el departamento de Tumbaya de la provincia de Jujuy, detallo a continuación brevemente algunos aspectos que he registrado durante mi trabajo de campo entre 2010 y 2011.

La comunidad de Huachichocana se emplaza en la quebrada homónima (Figura 1), la cual posee su altura máxima en el Abra de Pives a 4.200 msnm (Figura 1-10), discurriendo luego por una serie de quebradas menores hasta interceptar a la quebrada de Purmamarca a 2.200 msnm (Figura 1-1). A lo largo del recorrido de estas quebradas pueden verse viviendas actuales, o bien de tiempos históricos recientes, cuyos antiguos ocupantes persisten en la memoria oral de los habitantes de la comunidad. Las unidades domésticas (UD) están conformadas por una, dos o tres generaciones de una familia (incluyen a personas que poseen lazos consanguíneos y de afinidad), siendo mayoritaria la presencia de mujeres. También suelen estar presentes niños procedentes de otras comunidades (como Chañi chico) que viven durante el ciclo lectivo en casas cercanas a la escuela. Actualmente las UD habitadas todo el año son escasas (aproximadamente diez) ya que muchos se han ido a vivir a las comunidades próximas de Chalala y Purmamarca, o bien a San Salvador, generando un proceso de despoblamiento de la quebrada. A este proceso actual de despoblamiento lo antecede uno de reubicación de la mayoría de las UD, que comenzó en la década de 1970 al cerrarse el tránsito por la Ruta Provincial N° 16 que discurría por la quebrada de Huachichocana, quedando la Ruta Nacional N° 52 como internacional al Paso de Jama (Figura 1). Esto generó un desplazamiento

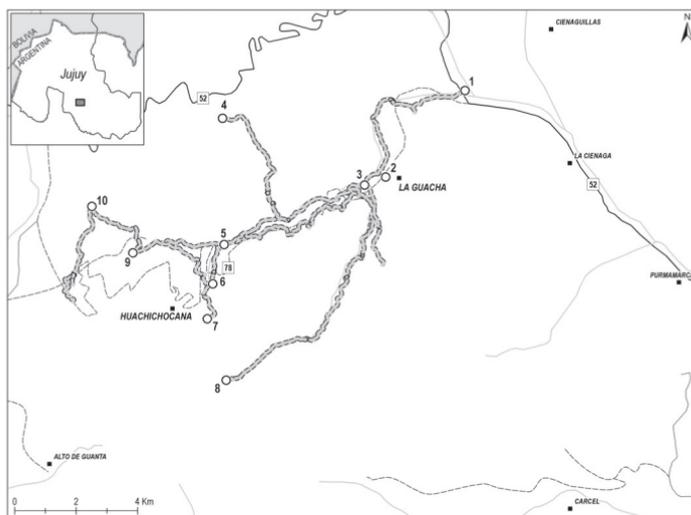


Figura 1. Mapa de la comunidad aborigen de Huachichocana, realizado sobre la carta topográfica 2366-IV (Libertador Gral. San Martín), a partir de la cual se tomaron las localidades señaladas con un cuadrado negro, la ruta actual N° 52 y la antigua ruta. El trazo gris señala las quebradas principales que se encuentran en la comunidad. Referencias: 1. Inicio de la quebrada de Huachichocana; 2. El Pozo; 3. Puerta de Huantas; 4. Angosto de Tocoleras; 5. Encrucijada de Tascal; 6. Tascal; 7. León Huasi; 8. Huantas; 9. San Antonio de Pives; 10. Abra de Pives. Elaboración: Diego Gobbo-FCNYM-UNLP-CONICET.

de las familias desde los sectores mas elevados y puneños (*cerro alto, playa arriba*)⁹ hacia los sectores más bajos y, sobre todo, hacia la *Huacha* propiamente dicha, donde se ubica la escuela primaria N° 93. Esta zona es considerada como el *centro* o *cabeza* de la comunidad, punto último al cual puede accederse con un vehículo desde la ruta N° 52. En este sector de la *Huacha* las familias se asientan sobre las terrazas de cultivo del río las que, a lo largo del tiempo, han ido reduciendo su ancho debido a los frecuentes *volcanes* (aludes de

⁹ A partir de esta sección del texto, se colocan en cursiva expresiones locales.

agua, barro y piedras) que las han ido erosionando. En las zonas más elevadas de Tascal, Encrucijada de Tascal y San Antonio de Pives (*parajes* de la comunidad, Figura 1-6, 5, 9) el ambiente no es tan dinámico y las UD's se ubican en zonas elevadas de la altiplanicie entre quebradas menores, ámbito donde poseen también sus *rastrajos* y *corrales*.

Algunas UD's están conformadas por una única *casa* donde se habita de forma permanente, otras poseen, además, *puestos, estancias* y/o *arriendos*, locaciones adonde se trasladan durante algunos meses del año en función de la disponibilidad de pasturas para la hacienda. La mayoría de las familias siembra alfalfa, papa, haba, maíz y hortalizas. Casi todas las UD's crían cabras y ovejas, siendo reconocida esta comunidad localmente por su producción de quesos de calidad, los cuales venden en Purmamarca. Una sola UD cría también llamas, otra posee vacas y algunas cuentan con burros. Actualmente en la comunidad hay solo una mula y un caballo, animales preciados porque con ellos se rotura el terreno. Si bien Huachichocana ha obtenido reconocimiento como comunidad aborígen, no posee tierras comunitarias, existiendo propiedad privada (familiar)¹⁰ sobre los terrenos de vivienda, cultivo y pastoreo.

Esta quebrada es también conocida por la existencia de sitios arqueológicos en cuevas y pinturas rupestres que señalan que la misma fue ocupada y transitada desde hace 10.000 años. En la actualidad también transitan arrieros (*burreros*) que vienen desde Salta con sus recuas de burros para venderlos en distintas localidades de la Quebrada de Humahuaca, o bien intercambiar su carga –o también los animales– por productos preciados como frutas.

10 Localmente, esto se traduce en la expresión *tiene dueño*, la cual suele acompañarse, como detalle aclaratorio, por el apellido que identifica a la familia, sea que alguno de sus miembros viva actualmente en la comunidad o no.

Espacios productivos en los Andes septentrionales de la Argentina, ámbitos donde se cría la vida

En las comunidades de pequeños productores (pastores, campesinos) de los Andes septentrionales argentinos existen distintas categorías empleadas localmente para designar a los espacios que podríamos considerar “productivos”, en tanto involucran mano de obra en su generación, reproducción, transformación y/o delimitación y tienen por objeto la crianza de la vida no humana, con el fin último de criar vida humana. Uno de ellos es la *chacra*. Este término se emplea en Huachichocana solamente para referir a las parcelas sembradas con maíz; incluso al enumerar las plantas que cultivan, los pobladores dicen *chacra*, en vez de maíz.

Categorías usuales son las de *rastrojo*¹¹ y *potrero*, que pueden ser usados en distintas comunidades para designar tanto a los espacios donde se siembran plantas que crían a los humanos o bien –y de manera más usual, sobre todo en el segundo caso– donde prospera la alfalfa o *alfa* para los animales.¹² Las plantas que alimentan a las personas pueden ser tanto aquellas cuyos órganos constituyen la parte sustanciosa de las comidas (maíz, poroto, papa, habas), o bien aquellas que forman parte de las mismas de manera complementaria, pero que son fundamentales en la consti-

11 El término *rastrojo* puede referir al residuo de un sembrado, generalmente de maíz, papa, zapallo u otra planta de *semilla grande* en algunas comunidades como Antofagasta de la Sierra, aunque allí también refiere al predio donde se siembra para los humanos, al igual que ocurre en ciertas comunidades jujeñas (García *et al.*, 2002; Lema, 2006).

12 Según Lautaro Núñez, en los primeros años de la independencia las autoridades bolivianas que regían sobre los oasis de San Pedro de Atacama (con los cuales históricamente estuvo relacionada Antofagasta), incentivaron el cultivo de alfalfa. Esos cultivos se realizaban con el método español de potreros cercados, lo que lograba un cierto microclima más cálido y menos ventoso (Lautaro Núñez, 1992: 186 y ss., en García *et al.*, 2002: 82). Para un análisis de la historia y prácticas ligadas a los potreros puneños de Antofagasta y Antofalla, véase Quesada y Lema (2012).

tución de ciertos platos (cebolla, zanahoria, ajíes, cebolla de verdeo, entre otras).

También existen las *quintas* o *jardines*, espacios donde se siembran plantas alimenticias, forrajeras, ornamentales, aromáticas y/o medicinales, entre otras. Estos ámbitos productivos suelen caracterizarse por estar siempre próximos a la vivienda, lo cual los diferencia de otros donde se crían plantas, como *rastrojos* o *potreros*. Estos espacios pueden ser agrupados como huertas (Lema, 2006) debido a su gran diversidad taxonómica (pocas plantas de diferentes taxa), asociación espacial de plantas con fines diversos (no solo alimenticios) y presencia de ejemplares con distinto grado de dependencia respecto a las personas (plantas silvestres, domesticadas, malezas, entre otras).

Fuera de los espacios productivos existen las *pasturas* o *cerro* como ámbitos no modificados por las personas donde se alimentan los animales, también se llama *campo* o *campo de pastoreo* a un área de superficie con su vegetación asociada, la cual es generalmente una estepa de gramíneas que no tiene humedad natural ni acequias que la rieguen (García *et al.*, 2002; Villagrán *et al.*, 1999; para el uso de la categoría “pastoreo” en tanto lugar véase Tomasi, 2011). En Huachichocana se asocia el ámbito del *cerro* con la altura y el frío, siendo además un área de recolección de especies vegetales medicinales y aromáticas. En esta comunidad el *cerro* es, también, uno de los ámbitos donde se alimenta a la hacienda: a las vacas, las cabras y las ovejas se les *da cerro*.

Las vegas o *ciénegos* (área caracterizada por una elevada concentración de humedad –generalmente por cercanía a una vertiente, laguna o río– lo que genera una asociación peculiar de gramíneas y una edafología propias, características de estas áreas) resultan una categoría intermedia entre las anteriores en tanto, si bien son unidades fisiográficas y de vegetación “naturales”, pueden ser criadas mediante rie-

go, generalmente a través de la sumatoria de acciones de individuos que suelen pertenecer a diferentes UD's (García *et al.*, 2002; Haber, 2006; Quesada, 2007). Por lo general, esta práctica no genera a nivel local una nueva categoría espacial que las distinga de las vegas no irrigadas, aunque a veces sí se le da un nuevo nombre, como en Antofagasta de la Sierra donde las vegas criadas se denominan *potrerillos*. Esto resulta interesante ya que indica un desplazamiento semántico entre estas áreas criadas para alimentar a la hacienda y aquellas donde se cría alfalfa, lo cual tiene posiblemente un sustento histórico (Quesada y Lema, 2012).

Basándome en mi experiencia de campo, comparto con Göbel (2000-2002) la propuesta de que los saberes ambientales –al igual que otros de distinta índole– no son necesariamente colectivos en las comunidades altoandinas y que cada UD tiene su sistema de clasificación del territorio sobre el cual ejerce un control práctico. Es por ello que las categorías antes mencionadas pueden no ser usadas de forma homogénea dentro de una misma comunidad. Esto se fundamenta en que también considero que las UD's son el eje de organización social y espacial en las comunidades locales de los Andes septentrionales argentinos (Göbel, 2000-2002; Tomasi, 2011). Las UD estructuran además el paisaje, siendo por lo general referentes espaciales, ya que las locaciones reconocidas dentro de una comunidad tienen que ver con las familias que las habitan o han habitado, si bien en Huachichocana aquellos parajes que no son habitados por humanos, son la casa de ciertos animales como *León Huasi* (Figura 1-7) y *Águila Huasi* (Figura 1, entre 1 y 2). Por último, teniendo en cuenta que las UD son las unidades de producción y manejo del entorno, son las que crían al mismo, estableciendo prácticas de intercambio, reciprocidad, diálogo y contrato con las esferas no humanas.

En Huachichocana, los sembradores –ocasionalmente sembradoras– de la UD alimentan a la *Pacha* en las *acequias* que ellos trazan hacia sus terrenos de cultivo, o bien, en los *rastrajos* donde siembran sus alimentos.¹³ Esto se realiza durante el mes de agosto, cuando también se alimenta a la *Pacha* en las casas, vertientes, corrales y en el *cerro*. Estas prácticas unen a los espacios productivos y habitacionales de la UD como receptáculos materiales donde se hacen los “pagos” –en tanto gestos de intercambio y reciprocidad– a entidades no humanas, lugares domésticos donde se contacta al paisaje comensal e interlocutor (Vilca, 2009). Esto se complementa con la existencia de ofrendas comunitarias, cuando varias familias se reúnen para dar de comer al ojo de agua en la *Huacha*. Esta vertiente se usa comunitariamente como fuente de agua potable o para riego y es criada mediante *represas* y *canales* de piedra y/o cemento cuyo mantenimiento y uso son obligaciones y derechos compartidos por todos los miembros de la comunidad. Durante el mes de agosto, en Huachichocana el paisaje es también recorrido al desgranar las mazorcas que son empleadas en la elaboración de la *tistincha*¹⁴ para comer con la *Pacha*. Antes de la cocción, los granos van siendo retirados a medida que se mencionan y dibujan en el marlo aquellos espacios que quieren ser propiciados: el *corral*, la *casa*, el *rastrajo*, los caminos que unen los distintos parajes por donde transitan la persona que desgrana y su familia. Si tras la cocción la mazorca se cierra y los granos que han quedado entran en contacto entre sí, es señal de que esos espacios han sido correctamente propiciados.

13 También en Antofagasta de la Sierra se ofrenda ocasionalmente a los *rastrajos*. En Antofalla se da de comer a la tierra con la siembra y la cosecha (M. Quesada, com. pers.).

14 La *tistincha* es una comida ritual que se prepara durante el mes de agosto y cuyos aspectos técnicos involucran el hervido prolongado de mazorcas secas y carne con hueso –desechada o no– de cabritos o llamas, en el cual se incluyen siempre cabezas de los mismos.

En los senderos que recorren los habitantes de Huachichocana y los arrieros que vienen desde otras comunidades, existen también espacios de diálogo e intercambio con la *Pacha*. A nivel local se considera que estas son locaciones que poseen potencialidades específicas y es por ello que allí se efectúan pagos, entendidos como pedidos de permiso para transitar los caminos y de fortuna en el andar. Los pagos se objetivan en *acullicos* o *acusis* de coca arrojados contra los perfiles rocosos de la quebrada en zonas donde la pendiente de la misma se ciñe sobre el camino, o bien como libaciones de comida, bebida, coca o arreos en las *bocas* de la *Pacha*. Esto se observa particularmente en el sector que posee paneles de arte rupestre entre las cuevas y aleros de la *Huacha*, habiendo también una “boca” para dar de comer a la *Pachita* dentro de la *Cueva grande*. También existen otros espacios de *challa* y ofrenda a la *Pacha* a lo largo del paisaje de la comunidad.

Quesada y Korstanje (2010) consideran “al paisaje agrario como resultado de instancias dialógicas, las prácticas sociales, donde los campesinos y el paisaje se constituyen mutuamente. Este supuesto teórico implica una elección metodológica, cual es trasladar el peso explicativo desde la estructura (mental, ambiental o cualquier otra) al contexto de la práctica” (Quesada y Korstanje, 2010: 124). Esta perspectiva rompe también con posturas esencialistas y enmarca a paisajes y sujetos en procesos históricos. En el caso de comunidades de pastores también se ha propuesto que, entre las acciones materiales y simbólicas que hacen del espacio en el que habitan un territorio, se encuentran, no solo la mención y rememoración del mismo en eventos rituales, sino también la acción diaria de las distintas UD's que construyen su territorio de pastoreo al recorrerlo y delimitarlo cotidianamente (Tomasi, 2011). Esta perspectiva que entiende de las prácticas como instancias dialógicas que constituyen

al paisaje agrario es la que iré indagando en las siguientes secciones de este trabajo, proponiéndome analizar prácticas situadas que conforman espacios físicos cargados de historicidad, en tanto decantación de cotidianidades productivas no discursivas.

En muchas comunidades altoandinas ciertos espacios se diferencian en tanto materializan prácticas que conforman un modo de vida, pudiendo ser el pastoreo, por ejemplo, un modo de socialización de la naturaleza (Göbel, 2000-2002) gestionado a nivel doméstico (Tomasi, 2011). Esta intersección de los ciclos, caracteres y aspectos “naturales” de ciertos espacios se da también al establecer espacios productivos para la crianza de plantas, sea al fundar un *rastrajo*, *potrero*, *quinta* o al regar una vega. Presento en las siguientes secciones distintos casos que indican cómo se crían los espacios donde habitan plantas y cómo ellos crían a personas y animales.

Crianza de la vega y el alfa mediante el agua, alimentar la hacienda

La alfalfa (*Medicago sativa*) comienza a cultivarse en América tras la conquista europea. Dependiendo del tipo de suelo, régimen hídrico y tipo de pastoreo al que es sometida, una población de alfalfa puede llegar a durar hasta diez años, sobre todo si –en vez de ser consumida directamente por los animales– es cosechada mediante cortes como apuntan García *et al.* (2002). Estos autores consideran que cultivos muy viejos pudieron haberse “naturalizado” en ciertas comunidades del NOA y por eso ser más longevos. En Huachichocana este es el ciclo del *alfa criolla*,¹⁵ denominación que podría relacionarse con el hecho de que sea una va-

15 La misma denominación de *criolla* recibe una variedad de *chivos* (cabras) que localmente se reconoce como *la raza que tenía la gente de acá antes*.

riedad con mayor tradición de cultivo en el área; las poblaciones de la variedad *saladina*, en cambio, duran entre tres y cinco años. Esta característica propia del *alfa*, con ciclos de vida largos, genera cierta pérdida de la memoria social de quién sembró una parcela, lo que lleva a aseveraciones del tipo *el alfa no se siembra, crece sola*, en Huachichocana. En este sentido, el ciclo vital y de cultivo de la alfalfa (y en particular de ciertas variedades de la misma) provoca la pérdida de agentividad del sujeto campesino que sembró una parcela y el traspaso de dicha agentividad a la planta que se concibe creciendo por sí misma (como las malezas o plantas silvestres), a pesar de que el evento de siembra puede considerarse como relativamente reciente teniendo en cuenta parámetros de la memoria oral. Las características propias del ciclo de crianza del *alfa* hacen que los *rastrojos* o *potreros* donde crecen condensan prácticas con una larga historia, incluso puede darse el caso de que quienes están criando el *alfa* mediante riego no sean quienes la han sembrado, lo cual se ha registrado en Huachichocana y Antofagasta de la Sierra. Este sería también el caso de las vegas criadas (Quesada, 2007), que no han sido sembradas por quienes las crían actualmente y donde la vegetación prospera sin siembra.

Los *rastrojos/potreros* de *alfa* (Figuras 2 a 5) son mantenidos exclusivamente mediante riego, sin ninguna otra práctica de manejo asociada en Huachichocana y otras comunidades (García *et al.*, 2002; Merlino y Rabey, 1978; Quesada y Lema, 2012), al igual que ocurre con las vegas.¹⁶ Incluso ambos espacios son regados con una frecuencia y caudal de agua similares a partir de derivaciones de los canales de

16 En Antofalla a las vegas también se las quema para renovar el pastizal (Quesada, com. pers.). En Huachichocana esto se hace también en los límites de los *rastrojos* para evitar que el mismo se cubra de otras plantas cuando está en crecimiento el *alfa*.

riego principales (García *et al.*, 2002). Este desplazamiento semántico y de praxis entre el *rastrojo* o *potrero* de *alfa* y la vega los une y, al hacerlo, los diferencia de otros espacios. Los diferencia de los *sembradíos* (ver sección siguiente) y los une como espacios de producción para la hacienda, que se crían mediante riego.

La cebada¹⁷ es también empleada como forraje en comunidades como Huachichocana y Coranzulí en la Puna de Jujuy, sin embargo, la misma recibe igual tipo de crianza que las plantas que alimentan a los humanos y su presencia constituye unas *rayitas* más en los *sembradíos* huacheños o en los huertos de Coranzulí (Lema, 2006). Por lo tanto esta planta, tan cercana –o idéntica– a la que consumen las personas habita también en los espacios donde se crían las plantas para alimentar a los humanos.

Los monocultivos de *alfa* también reciben el nombre de *alfa* en Huachichocana –y en Antofagasta de la Sierra– siendo la planta metonímica del espacio en el cual se la ha hecho prosperar. Esto ocurre también con concentraciones monoespecíficas de taxa no sembrados como, por ejemplo, el topónimo *penchal* usado en Huachichocana para referirse a concentraciones de poblaciones de cactáceas del género *Opuntia*.

La importancia de las comunidades vegetales y de los *rastrojos* de *alfa* en la estructuración espacial dentro de una comunidad puede verse en un relato escuchado en Huachichocana. El mismo refiere a la historia de uno de los *parajes* de esta comunidad, próximos a la escuela. El relato comienza refiriendo que el mismo se llamaba *penchal*, pero luego las

17 La cebada forrajera y la cebada para consumo humano pertenecen al mismo género *Hordeum*, correspondiendo por lo general la primera a las especies *H. distichum*, *H. tetrastichum* y *H. hexastichum*, aunque también pueden ser variedades de la misma especie que la usada para alimento de las personas: *H. vulgare*.

poblaciones de cactáceas fueron erradicadas cuando miembros de una UD, que tenían su vivienda en la zona más alta de la quebrada, decidieron trasladarse más abajo. El primer acto de “humanización” del nuevo espacio fue la delimitación de un *rastrojo* de *alfa* para la hacienda, construyéndose luego los espacios residenciales. También los relatos vinculados al origen de ciertas familias en la comunidad señalan que las mismas se constituyeron cuando una de las UD de procedencia dio parte de la hacienda a la pareja para que pudiera asentarse. Por lo tanto la hacienda y el espacio de crianza de su sustento formalizaron el emplazamiento de algunas UD en Huachichocana, al igual que se ha registrado en otras comunidades altoandinas (Bugallo y Tomasi, 2012).

Vasos comunicantes, espacios limítrofes: malezas, plantas asilvestradas, senderos, el camino del agua y del guano

La crianza de plantas exclusivamente por el agua hace que, en el caso del *alfa*, ejemplares de esta especie se dispersen por fuera de los *rastrojos* o *potreros* siguiendo el escurrimiento del agua de riego. Las personas y sus palas hacen caminar al agua por las *acequias*, el agua hace caminar al *alfa* por espacios “no productivos” (Figura 2).

Este traspaso del “límite productivo” que hace el *alfa* no genera que la misma se desdoble localmente en dos categorías tales como planta domesticada versus maleza. La capacidad de esta planta de *crecer solita* y la ausencia de cambio morfológico en las poblaciones que están por fuera de los espacios de crianza hacen que su espacialidad no juegue un rol destacado en su reconocimiento e identificación. Se entiende que cuando una planta cultivada domesticada “escapa de cultivo” –como suele decirse en el ámbito agronómico– se asilvestra, es decir, vuelve a adquirir caracteres



Figura 2. Quebrada de Huachichocana, noviembre de 2011. Acequias y pequeño embalse de agua, las plantas de alfa siguen su recorrido e ingresan a los sembradíos y rastrojos a la izquierda de la imagen .
Fotografía: Verónica S. Lema.

de la forma antecesora, perdidos bajo el manejo humano. En este último caso –el cual suele darse en la transformación de la *quínoa* a *ajara* en comunidades puneñas (Lema, 2006)– la espacialidad de las poblaciones se ve reflejada en la morfología de las plantas, dependiendo de qué lado estén del límite productivo.

Los productores de la Quebrada de Humahuaca no consideran a las malezas como plantas nocivas, ni agresivas. En este sentido, no existen plantas “invasoras”, las mismas son toleradas en los espacios de cultivo y se las erradica cuando se necesita el espacio para sembrar (Lema, 2006; Cajal *et al.*, 2008). Este es, por ejemplo, el caso del *suncho* (*Viguiera tucumanensis*), que sacan de los *rastrojos* en Huachichocana porque sus raíces ocupan demasiado lugar, sin que sea sis-

temáticamente combatido para hacerlo desaparecer de los espacios productivos y no productivos. Por lo tanto, puede pensarse que en estas comunidades, a partir de una concepción particular sobre lo que es una maleza, el espacio que las mismas ocupan no es parte de su definición. Por el contrario, la definición agronómica clásica tiene una base espacial muy acentuada, ya que las malezas son plantas que prosperan persistentemente en un lugar que no le corresponde: los campos de cultivo. Desde el punto de vista ecológico, las malezas pasaron a tener otro emplazamiento: las áreas disturbadas (Lema, 2009). A nivel local los límites de los espacios de crianza en muchas comunidades altoandinas suelen ser laxos, porosos, habilitando el ingreso y egreso libre de plantas a través de sus límites. Es por ello que planteamos la idea de que, a raíz de las formas de crianza locales del entorno y la permeabilidad de los espacios bioculturales de crianza, no hay malezas –en el sentido agronómico del término– en comunidades altoandinas de los Andes septentrionales de la Argentina (Lema, 2006, 2009).

No solo el agua guía las malezas, el andar del agricultor también genera caminos que van siendo delimitados por estas plantas que prosperan en zonas disturbadas, convirtiéndose en señales de la existencia de senderos, logrando destacar a los mismos en el paisaje. Las plantas que escapan de cultivo siguiendo el sendero del andar campesino o del agua, difuminan los límites del *rastrojo* o *potrero*, lo cual no ocurre con las vegas en tanto su definición y delimitación está conformada por la unión entre el sustrato, el agua y la vegetación. En este último caso no habría por lo tanto “escapes”, sino extensión de los límites de la vega.

En Huachichocana, la diferencia entre *acequia* y *canal* reside en que la primera no está tapizada por piedras, en tanto el segundo se encuentra revestido con piedras y a veces con cemento (Figuras 2 y 3). En las *acequias*, la persona debe guiar o *endilgar* (García *et al.*, 2002; Quesada, 2007) el agua



Figura 3. Quebrada de Huachichocana, noviembre de 2011. Rastrojo de alfa delimitado por canal de piedra y cemento, sin escapes de plantas de alfa. Fotografía: Verónica S. Lema.

para que riegue el *potrero* o *rastrojo*, cosa que no ocurre en los canales. Esto hace que las *acequias* tengan un diseño más dinámico que los *canales*, los cuales tienen un trazado más estático, sumado a que las *acequias* son gestionadas por cada UD y los *canales* por la comunidad.

La forma en que se administra el agua de riego hace que *acequia* y pala se entrelacen en la crianza agrícola de los *rastrojos*, *alfalfares*, *potreros* y *vegas*. El *rastrojo* o *potrero* se riega por inundación, en el caso de tener subdivisiones (*melgas*, *tablonés*)¹⁸ (García *et al.*, 2002; Quesada, 2007) el agua se va guiando por las mismas, tapando y destapando el recorrido

18 En el caso de los *potreros* o *rastrojos* de *alfa* estas subdivisiones se van desdibujando con el paso del tiempo por el agua, la cual guía a las plantas hacia espacios que actuaban como delimitadores, justamente, por carecer de ellas. Las *melgas* son los canales que quedan conformados por *bordos* (cúmulos) de tierra. Los *tablonés* son divisiones internas de un área sembrada por inundación.

mediante bloques de tierra o piedras, o bien, abriendo nuevos tramos con las palas. Esta es, en general, la forma en que se guía el agua por las *acequias* desde los canales principales hacia los espacios de crianza en una “coreografía del riego” (Gastaldi, 2007: 145), que evidencia la medida en que espacio, cuerpo, artefactos y agentes no humanos se vivencian cotidianamente (Seamon, 2010). Para que el agua no lleve semillas de una melga a otra, debe procurarse que la misma “suba” antes de “bajar” a la siguiente melga; asimismo para que el abono no contenga semillas de *alfa*, debe recogerse el estiércol en verano (cuando los animales no consumen dicha planta) (García *et al.*, 2002). También puede emplearse alternativamente un mismo espacio como *corral* y *rastrojo* para habilitar la fertilización por estiércol. En Huachichocana el agregado de estiércol en los *sembradíos* se considera la *vitamina* que necesitan las plantas para crecer.

La versatilidad y dinamismo de las prácticas hace que se produzcan desplazamientos de nombres de estructuras y de usos: el *alfa* cortada se *pirgua* en *corrales* en Huachichocana, y en Santa Victoria Oeste¹⁹ al huerto se lo llama *corralcito* (Lema, 2009). Esta categorización de espacios productivos, suele tener además un correlato de género: los *rastrojos* suelen ser ámbitos masculinos y los *corrales* son un ámbito de control femenino (Göbel, 2000-2002; García *et al.*, 2002). Esto ocurre a nivel cotidiano, ya que durante los rituales públicos, el *corral* representa el núcleo de control simbólico de toda la familia sobre sus tierras de pastoreo (Göbel, 2000-2002).

Los *jardines* de Huachichocana son espacios que gestionan las mujeres, las flores circulan a través de ellos mediante manos femeninas, pero son puestas en capillas (en las fiestas familiares) y tumbas (en el día de los santos difuntos)

¹⁹ Comunidad situada en el centro-norte de la provincia de Salta, a 2.560 msnm.

por hombres o mujeres. Lo anterior indica que los significados de los espacios son múltiples y relativos, caracteres que vienen ligados al hecho de que las prácticas que en ellos se ejecutan se encuentran contextualmente condicionadas (en relación, por ejemplo, a la cotidianeidad del día a día en contraposición a un momento destacado del calendario), o bien, son contextualmente contingentes (eventos excepcionales). Ambas contextualidades se hallan atravesadas, a su vez, por los niveles de agentividad de los individuos, de la UD y de la comunidad.

Sembrar y comer, alimentar a la familia

En Huachichocana algunos pobladores distinguen los *rastrojos* de *alfa* de los *sembradíos* (Figuras 4 y 5), donde cultivan especies alimenticias (maíz, papa, haba).

A pesar de que existe una clara diferencia a nivel específico y de diversidad entre sendos espacios (uno es un monocultivo, el otro un policultivo) y de que la finalidad de los cultivos es distinta (alimento para animales, alimento para humanos), lo que estaría diferenciando –para los ojos locales– a ambos es la práctica de sembrar o no. Esto indica que el cultivo o siembra estaría formando parte de las prácticas que estructuran el espacio productivo ligado a especies vegetales. Que el tipo de consumo final al que se destinan las plantas que se crían no es un factor diferenciador a nivel espacial lo indica también el caso de la cebada forrajera, mencionado previamente, siendo la misma parte de los *sembradíos*. Se puede afirmar, por lo tanto, que sembrar (*semillar* dicen en Huachichocana) y regar son prácticas campesinas que están estructurando –no siempre de forma exclusiva como en Huachichocana– el espacio productivo doméstico en varias comunidades de los Andes septentrionales de Argentina.

La composición de los *sembradíos* en Huachichocana no solo viene dada por la culinaria local; las marcadas diferencias altitudinales en la quebrada, junto a factores concomitantes como el tipo de suelo, la disponibilidad de agua y las temperaturas promedio, provoca, por ejemplo, que en San Antonio de Pives no se de el maíz y que allí, al igual que en zonas intermedias de la quebrada como Tascal, se siembre papa *criolla*, en tanto en sectores cercanos a la *Huacha* se siembre la papa *abajeña*. En una escala mayor de análisis puede verse cómo la crianza implica un diálogo entre el sembrador, las plantas que prosperan o no, el *rastrojo* o *sembradío* y la ubicación de estos en el paisaje.



Figura 4. Quebrada de Huachichocana, noviembre de 2011. Rastrojos de alfa. Puede observarse, en primer plano, plantas de alfa escapadas de cultivo por fuera del alambrado, trazando el recorrido del agua. Los árboles indican el recorrido superior de las acequias. Fotografía: Verónica S. Lema.

Los huertos son también espacios físicos donde se siembra, en Huachichocana las *quintas* poseen frutales, flores y hortalizas para consumo de la UD; en algunos casos estas *quintas* pueden tener en su interior un sector con *alfa*. *Potreros* con *alfa* insertos en el espacio de vivienda de la UD existen también en Antofagasta de la Sierra. En estos casos, a diferencia de lo registrado en otras comunidades (Lema, 2006), la proximidad o inclusión dentro del ámbito físico de la UD no es algo exclusivo de los huertos. En Huachichocana, los *rastrojos* pueden estar también muy próximos a las unidades de residencia de los miembros de la UD, tanto en los espacios más altos, como más bajos de la comunidad. En este último caso, la escasez de tierras cultivables se suma a que estas se ubican en las terrazas del río y que es en ellas donde se pueden asentar las *casas*, por lo cual podría pensarse que la proximidad entre vivienda y área productiva responde a la falta de opciones para generar otro patrón de distribución espacial de la arquitectura doméstica. Sin embargo las UD que se emplazan en espacios más elevados dentro de la quebrada ubican también sus espacios de crianza de plantas en proximidades de la vivienda.

Por lo tanto lo que distingue a estos espacios considerados como huertos son otros rasgos, como el ordenamiento espacial interno de los cultivos. Los *sembradíos* y *rastrojos* tienen siempre un ordenamiento interno lineal paralelo (*rayitas* o *hileritas* en el caso de Huachichocana y *melgas* en Antofagasta de la Sierra). En el caso de las *quintas* y *jardines* de Huachichocana puede haber, dentro del espacio cercado, sectores con ordenamiento lineal de los cultivos, los cuales pueden estar, a su vez, de forma paralela entre sí, o no. Además existen disposiciones semicirculares de algunos conjuntos de plantas, en tanto otras siguen la disposición del cercado del espacio. Finalmente otro rasgo propio de estos espacios de crianza es el grado de asociación con las perso-

nas.²⁰ Por ejemplo, en Huachichocana la *cacala* (*Nicotiana glauca*) crece como maleza en el sector prepuneño de la quebrada (su concentración en ciertas áreas incluso genera el topónimo *Cacalita*), sin embargo, cuando ejemplares de esta especie están creciendo dentro de una *quinta* (no se los deja crecer dentro de los *rastrojos* o *sembradíos* ya que ocupan lugar) pasan a ser localmente considerados como domésticos, si bien morfológicamente no son diferenciables de los ejemplares que crecen en las terrazas y conos de deyección de la quebrada. El carácter doméstico en este caso es netamente espacial, no se vincula a cambios genotípicos o fenotípicos de la planta, ni a prácticas de manejo sobre la misma.

Entre los espacios criados mediante siembra e incluidos en los patios de las UD's, o próximos a las viviendas, se encuentran también los *jardines*, donde se cultivan de manera exclusiva plantas ornamentales como dalias, rosas y gladiolos. Al igual que metonímicamente *hortaliza* puede usarse como categoría espacial en Antofagasta de la Sierra para referir a las huertas, en Huachichocana se emplea el término *flores* para referir a los *jardines*, los cuales son *para vista*, otra categoría de consumo humano.

Árboles y casas, follaje y techos que protegen

En Antofagasta de la Sierra los árboles son relativamente abundantes, asimismo los *sauces*, *álamos* y *durazneros* son frecuentes en el pueblo y alrededores de Yavi. También hay *durazneros* y *manzanos* en algunos sectores de Rachaite (Otonello y Ruthsatz, 1986). En el caso de Huachichocana, los frutales están en las *quintas* y los *sauces*, *pinos*, *olmos* y/o *álamos* en las proximidades de las viviendas y en los límites de

20 En el caso de las *quintas* de la Huacha, estas se distinguen también de los *rastrojos*, *sembradíos* y *jardines* en los fines diversos que poseen las plantas criadas en las mismas.

los canales de riego. Esta práctica es tan recurrente que, al recorrer la quebrada de Huachichocana, la presencia de estos árboles (que no dan *producto*, ver sección siguiente) suele ser indicativa de la existencia de una vivienda, habitada o no.

La presencia de árboles en las proximidades de los canales (Figuras 4 y 5) señala en qué medida viviendas y áreas de trabajo agrícolas (áreas de terreno donde se crían plantas, áreas donde se cría el agua) están unidas por las manifestaciones materiales de prácticas que indican habitabilidad y cotidianeidad; señalan ese caminar los espacios agrícolas como parte de lo cotidiano, de lo diario, lo doméstico.

Desde una mirada académica se suele considerar que estos árboles “cumplen la función” de prevenir la erosión de los suelos, aplacar el viento y regular la temperatura en las zonas de vivienda, esto también es mencionado por la gente local, la cual reconoce que estos árboles *dan* su sombra y *protegen* del sol. Ambas formas de entendimiento no se diferencian solo por una cuestión retórica del modo en que aquí lo expresamos; la relevancia de estos árboles puede verse en que –a pesar de la escasez de leña en Huachichocana– no son talados. En dicha comunidad nos han dicho *no se los hacha, es como matar una persona*, cosa que no ocurre con los *churqui* (*Prosopis ferox*) o *cardones* (*Trichocereus* sp.) que prosperan en la quebrada.

El carácter dinámico de las prácticas domésticas que atraviesan, hilan y articulan a los espacios de vivienda y crianza que forman parte de la vida cotidiana, hace que estos árboles que se asocian a los espacios residenciales se hagan presentes también en los ámbitos que son habitados –criados y vivenciados a diario– por el sembrador, siendo el follaje de estos árboles el rasgo material que une los espacios productivos domésticos con la vivienda a la que se retorna cuando finaliza el día.

Vivir en un espacio criado

Lo expuesto anteriormente señala cómo el espacio productivo es vivenciado cotidianamente por los sujetos a través de prácticas que estructuran áreas, a la vez que estos espacios que crean, aportan a pautar y reproducir a las mismas. Este habitar el espacio hace que el mismo sea incorporado en las actividades cotidianas (Quesada y Korstanje, 2010) reproduciéndolo y cargándolo de significados que se van cementando a lo largo de la historia. Estos vínculos generados en la cotidianeidad nos llevan a afirmar que el espacio doméstico no es solo aquel que opera como residencial, sino



Figura 5. Quebrada de Huachichocana, noviembre de 2011. Desde los cerros, al fondo de la imagen, hasta el primer plano de la misma puede observarse: la playa del río, un rastrojo de alfa, un sembradío y la casa. Los árboles indican el recorrido de la acequia (fotos de la autora).

que asimismo existen espacios domésticos productivos. Esto se traslada también a las categorías ontológicas y simbólicas con que son cargados estos espacios y quienes los habitan. En este último caso puede verse en qué medida las expresiones *dar producto* versus *irse en vicio* otorgan agentividad a las plantas cultivadas, como los durazneros y vides sembrados en las *quintas* que, a pesar de ser potencialmente frutales, no *dan producto*.

Estas expresiones, usuales entre muchos campesinos de distintos puntos de la Argentina, también fueron registradas en Huachichocana. La primera, *dar producto*, refiere a la capacidad de ciertas plantas de fructificar o semillar en la localidad, de brindar (*dar*) a las personas aquello que estas consideran útil o valioso (el *producto*). Lo opuesto es que la planta destine sus energías a aumentar la biomasa correspondiente a órganos (tallos y hojas por lo general) que no son vistos como útiles por las personas. La forma de expresar ambos aspectos (el primero deseable, el segundo no) es relevante en dos sentidos. El primero es la potencialidad reconocida en la planta, la cual da o se va, la segunda es el sentido altruista o egoísta de la acción: dar producto (brindar a otro lo que ese otro considera de valor) o irse en vicio (abandonar la relación con el otro y optar por algo que satisface al propio individuo). Por fuera de los espacios de crianza se reconoce también agentividades propias de ciertas especies, incluso algunas ejercen acciones propias de las personas: según el decir local los cardones *cocinan* la *pasacana*, su producto se cosecha cuando ya está cocinado (maduro). Al igual que las personas, las plantas *necesitan vitamina* y, al igual que las plantas, el sembrador *semilla*.

Por lo tanto, en los Andes septentrionales de Argentina, de manera similar a lo que ocurre en otras comunidades andinas, los espacios de crianza son parte del ámbito domés-

tico al igual que las áreas habitacionales (piezas, cocinas, patios). La unidad residencial suele concebirse como el ámbito cotidiano de reproducción de los miembros (humanos) de la unidad doméstica. En esta línea argumentativa cabría señalar que el espacio doméstico productivo es el espacio de crianza, de la reproducción de la naturaleza intervenida por sujetos y agregados sociales. Así como la *casa* o vivienda es el espacio físico que alberga y reproduce a los miembros de la UD, los espacios productivos de crianza gestionados por los miembros de la UD son los ámbitos que albergan y reproducen a los miembros no humanos de la UD: “amparar una casa es vivir en ella para que otro no se la apropie, amparar un terreno es regarlo y cortar la alfalfa” (García *et al.*, 2002: 99), “atender” o “amparar” un potrero de alfa es regarlo, los corrales son la casa de la hacienda²¹ (Tomasi, 2011; Bugallo y Tomasi, 2012).

Estos desplazamientos semánticos de prácticas por diferentes espacios físicos señalan en qué medida los espacios productivos forman parte de la UD y cómo la cotidianidad de las prácticas de crianza articulan, entretejen y unifican la crianza de la vida dentro de una misma UD: el *alfa* almacenada es la “ración de la haciendita” y la vega “es el sostén del ganado” (García *et al.*, 2002: 92-93). La relación espacial de casas y campos objetiva y es el soporte material para la reproducción de prácticas cotidianas de laboreo agrícola (Quesada y Korstanje, 2010), asimismo el traslado hacia puestos o estancias se da porque “la *hacienda* tiene sus propios gustos y necesidades, *igual que las personas*” (Tomasi, 2011: 294).

Para Quesada y Korstanje (2010) la temporalidad cíclica, ordenada en distintas escalas temporales, genera un espa-

21 Si bien en este trabajo no indago *in extenso* acerca de los vínculos de crianza con la hacienda, otros investigadores han señalado cómo la misma se incorpora como un miembro no humano de la familia (Göbel, 2000-2002; Tomasi, 2011; Bugallo y Tomasi, 2012).

cio productivo de larga duración. Los *sembradíos* tienen una temporalidad distinta a la de *rastrojos/potreros de alfa (alfares)* y estos tienen una temporalidad semejante a la de las vegas criadas ya que, por ejemplo, en estos últimos espacios bioculturales, un mismo conjunto de plantas se regenera por varios años a diferencia de los *sembradíos* donde los conjuntos de plantas tienen que volver a sembrarse año a año. Estos tiempos distintos poseen manifestaciones más o menos evidentes para los actores locales, dependiendo de si se trata de espacios de su UD de pertenencia o no. Así, las redes de riego crían malezas que objetivan la presencia de caminos y *acequias* espacialmente y de cultivos pretéritos temporalmente, como en el caso de formas domésticas asilvestradas. A su vez, *acequias* y *canales* poseen distinta historicidad, aunque ambas sean el sostén material de turnos de riego que, en el caso de Huachihocana, se dice actualmente que *vienen de la época de los abuelos*. Esto señala también en qué medida la territorialización que hacen del espacio (Raffestin, 1993, en Tomasi, 2011) las UD no solo es estructurante del mismo, sino que también es el eje de definición de los tiempos que discurren por él.

Palabras finales

Diversidad, interacción, límites transponibles o traspasables caracterizan las prácticas de crianza mutua en los Andes septentrionales de Argentina, una domesticidad pactada, dinámica e interactiva, constructora de multiplicidades, antes que de sujeción o dominio para dar lugar a unidades discretas y homogéneas. La crianza –antes que el dominio– como modelo de interacción, el *ayllu* o la unidad doméstica –antes que el *domus*– como urdimbre sobre la cual la trama relacional se desplaza, una lógica pendular antes que de

incrustación nos lleva a pensar en términos relativos antes que absolutos. En este sentido, los espacios bioculturales son diversos y porosos, generándose en y dando lugar a prácticas que son dinámicas entre los mismos, tanto por parte de agentes humanos como no humanos. Estos ámbitos de crianza se superponen entre sí y se delimitan mutuamente: las acequias delimitan los rastrojos o potreros, a su vez malezas y plantas silvestres prosperan en los bordes de caminos y acequias objetivando su presencia; las acequias nacen en canales en cuya delimitación intervienen árboles sembrados allí al igual que en los espacios residenciales, estos últimos son anexos a espacios de crianza como jardines y quintas y en estas pueden prosperar especies malezoides que, tan solo por el hecho de estar allí, se consideran domésticas (aunque no domesticadas).

Las prácticas de crianza se constituyen en tramas no discursivas que se deslizan sobre la urdimbre de significaciones múltiples del espacio, siendo personas y plantas las lanzaderas del desplazamiento semántico y de la praxis. Se traspasa la frontera entre los espacios “naturales” y “construidos” (en el sentido de manufacturados), se crean espacios bioculturales, la red de crianza se objetiva en ámbitos domésticos que son productivos y habitacionales. En esta red de crianza mutua ninguno de los agentes que participa se involucra sin verse transformado, sin ser criado y criar, sin ser parte de la esfera de lo doméstico.

Agradecimientos

A los miembros de la comunidad aborígen de Huachichocana, por recibirme siempre con infinita amabilidad y compartir su saber conmigo. A Francisco Pazzarelli y Marcos Quesada por haber enriquecido versiones preliminares

de este escrito con sus certeras sugerencias. A los miembros del Instituto Interdisciplinario Tilcara (FFyL-UBA) y la Secretaría de Turismo y Cultura de Jujuy, al igual que a Carolina Rivet, Clarisa Otero, Jorge Tomasi y Pablo Ochoa por darme el apoyo necesario para que las actividades vinculadas a mi proyecto en Huachichocana se concreten.

Bibliografía

- Albuquerque, Ulysses y Hurrell, Julio. 2010. "Ethnobotany: one concept and many interpretations", en Albuquerque, Ulysses Paulino de y Hurrell, Julio Alberto (eds.). *Recent developments and case studies in ethnobotany*. Recife, SBEE/ NUPEEA, pp. 87-98.
- Alcorn, Janis. 1995. "Economic Botany, Conservation and Development: what's the connection", *Annals of the Missouri Botanical Garden* 82 (1), pp. 34-46.
- Aldunante, Carlos; Armesto, Juan; Castro, Victoria y Villagrán, Carolina. 1981. "Estudio etnobotánico en una comunidad precordillerana de Antofagasta: Toconce", *Boletín del Museo de Historia Natural de Chile* 38, pp. 183-223.
- Benedetti, Alejandro. 2009. "Los usos de la categoría región en el pensamiento geográfico argentino", *Scripta Nova* XIII (286).
- Bugallo, Lucila y Tomasi, Jorge. 2012. "Crianzas mutuas. El trato a los animales desde las concepciones de los pastores puneños (Jujuy, Argentina)", *Revista Española de Antropología Americana*, N° 42-1, pp. 205-224.
- Cajal, Jorge; Choque Vilca, Magda y Tecchi, Rodolfo. 2008. *Productores orientados a la conservación en la Quebrada de Humahuaca, Valles de Altura y Puna. Indicadores para medir prácticas conservacionistas*. San Salvador de Jujuy, Proyecto Cultivos Andinos (PNUD).
- Cavalcanti Schiel, Ricardo. 2007. "Las muchas naturalezas de los Andes", *Periferia* 7, pp. 1-11.
- García, Silvia; Rolandi, Diana; López, Mariana y Valeri, Paula. 2002. "'Alfa', vega y hortaliza. Riego y siembra en Antofagasta de la Sierra, Puna catamarqueña", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXVII, pp. 79-100.
- Gastaldi, Marcos. 2007. "Tecnología y sociedad: biografía e historia social de las palas del oasis de Tebenquiche Chico, Puna de Atacama, Primer Milenio d. C.", *British Archaeological Reports*. Oxford, Archaeopress.

- Göbel, Barbara. 2000-2002. "Identidades sociales y medio ambiente: la multiplicidad de los significados del espacio en la Puna de Atacama", *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 19, pp. 267-296.
- Grillo Fernández, Eduardo. 1994. "El paisaje en las culturas andina y occidental moderna", en Grillo Fernández, Eduardo; Quiso Choque, Víctor; Rengifo Vásquez, Grimaldo y Valladolid Rivera, Julio (eds.). *Crianza andina de la chacra*. Lima, PRATEC, pp. 9-46.
- Haber, Alejandro. 1997. "La casa, el sendero y el mundo. Significados culturales de la arqueología, la cultura material y el paisaje en la Puna de Atacama", *Estudios atacameños* 14, pp. 373-392.
- . 2006. *Una arqueología de los oasis puneños. Domesticidad, interacción e identidad en Antofalla, primer y segundo milenios d. C.* Córdoba, Jorge Sarmiento Editor/Universitas libros.
- Harlan, Jack. 1992. *Crops and man*. Madison, American Society of Agronomy, Inc.
- Hodder, Ian. 1992. *Theory and practice in archaeology*. Londres, Routledge.
- Hodder, Ian y Cessford, Craig. 2004. "Daily Practice and Social Memory at Çatalhöyük", *American Antiquity* 69 (1), pp. 17-40.
- Ingold, Tim. 2000. *The perception of the environment. Essays on livelihood, dwelling and skill*. Londres/Nueva York, Routledge.
- Lema, Verónica. 2006. "Huertos de altura: el manejo humano de especies vegetales en la Puna argentina", *Revista de Antropología XII*, pp. 173-186.
- . 2009. "Domesticación vegetal y grados de dependencia ser humano-planta en el desarrollo cultural prehispánico del Noroeste argentino". Tesis de Doctorado inédita. La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Lupo, Liliana y Echenique, Mónica. 1997. "Etnobotánica en la comunidad puneña de Yavi, Jujuy, Argentina", Parte I, *Parodiana* 10 (1-2), pp. 19-34.
- Mayer Enrique. 2004. *Casa, chacra y dinero. Economías domésticas y ecología en los Andes*. Lima, IEP.
- Otonello, Marta y Ruthsatz, Bárbara. 1986. "Agricultura prehispánica y la comunidad hoy en la quebrada de Rachaite. Provincia de Jujuy, Argentina", *Runa XVI*, pp. 1-27.

- Quesada, Marcos. 2007. "Paisajes agrarios del área de Antofalla. Procesos de trabajo y escalas sociales de la producción agrícola. (Primer y segundo milenios d. C.)". Tesis de Doctorado inédita. La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
- Quesada, Marcos y Korstanje, María Alejandra. 2010. "Cruzando estructuras: el espacio productivo y su entorno percibido desde las prácticas cotidianas", en Albeck, María Ester; Scattolin, María Cristina y Korstanje, María Alejandra (eds.). *El hábitat prehispánico. Arqueología de la arquitectura y de la construcción del espacio organizado*. San Salvador de Jujuy, UNJU, pp. 123-153.
- Quesada, Marcos y Lema, Carolina. 2012, "Los potreros de Antofagasta. Trabajo indígena y propiedad (finales del siglo XVIII y comienzos del XIX)", *Andes. Antropología e Historia* 22, pp. 247-273.
- Quiso Choque, Víctor. 1994. "Kayuni yapu (chacra con patas) Crianza de alpacas y llamas en la comunidad de Ajanani Wajra K'ucho-Puno", en Grillo Fernández, Eduardo; Quiso Choque, Víctor; Rengifo Vásquez, Grimaldo y Valladolid Rivera, Julio (eds.). *Crianza andina de la chacra*. Lima, PRATEC, pp. 233-314.
- Rengifo Vásquez, Grimaldo. 1999. "Vivencia alto amazónica", en Arévalo, Mario; Panduro, Rider; Quinteros, Alfredo y Rengifo Vásquez, Grimaldo (eds.). *Hacer brillar la chacra. Agricultura campesina alto amazónica, San Martín*. Lima, PRATEC, pp. 113-140.
- Seamon, David. 2010. "Merleau-Ponty, perception, and environmental embodiment: implications for architectural and environmental studies", en McCann, Rachel y Locke, Patricia (eds.). *Carnal Echoes: Merleau-Ponty and the Flesh of Architecture*. En prensa.
- Sendón, Pablo. 2009. "Los ayllus de la porción oriental del departamento del Cusco. Aproximación comparativa desde el Collasuyu", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 38 (1), pp. 107-130.
- Tomasi, Jorge. 2011. "Geografías del pastoreo. Territorios, movilidades y espacio doméstico en Susques (provincia de Jujuy)". Tesis de Doctorado inédita. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Valladolid Rivera, Julio. 1994. "Agricultura campesina andina: crianza de la diversidad de la vida en la chacra", en Grillo Fernández, Eduardo; Quiso Choque, Víctor; Rengifo Vásquez, Grimaldo y Valladolid Rivera, Julio (eds.). *Crianza andina de la chacra*. Lima, PRATEC, pp. 315-378.
- Wilca, Mario. 2009. "Más allá del 'paisaje'. El espacio de la puna y quebrada de Jujuy: ¿comensal, anfitrión, interlocutor?", *Cuadernos FHycS-UNJU* 36, pp. 245-259.

Villagrán, Carolina; Castro, Victoria; Sánchez, Gilberto; Hinojosa, Felipe y Latorre, Claudio. 1999. "La tradición altiplánica: estudio etnobotánico en los andes de Iquique, primera región, Chile", *Chungara* 31 (1), pp. 81-186.

Índice Tomo I

Prólogo	5
<i>Raquel Gil Montero</i>	
Introducción	11
<i>Alejandro Benedetti y Jorge Tomasi</i>	
Territorio, caminos y prácticas culturales de los viajes de intercambio del último siglo (departamento de Los Andes, provincia de Salta)	29
<i>Sebastián Abeledo</i>	
Molinos en la quebrada de Humahuaca: lugares de encuentro de gentes y caminos. La región molinera del norte jujeño, 1940-1980	63
<i>Lucila Bugallo y Lina María Mamani</i>	
Itinerarios religiosos y espacios sacralizados: santuarios, devotos y peregrinos en el culto al Señor del Milagro de Salta y la peregrinación a la Virgen de Copacabana en Jujuy	119
<i>Julia Costilla</i>	

Procesos de articulación étnica y política en la Quebrada de Humahuaca. El caso de la Comunidad Aborigen Kolla de Finca Tumbaya	165
<i>Guillermina Espósito</i>	
La Comunidad Indígena como categoría de traducción: trashumancia ganadera y propiedad jurídica en las sierras del Zenta (Departamentos de Humahuaca/Jujuy e Iruya y Orán/Salta)	197
<i>Jorge L. Cladera</i>	
“Donde no se puede sembrar...” La triple espacialidad pastoril en Suripujio, Puna de Jujuy, Argentina	227
<i>Mariana Quiroga Mendiola</i>	
De los <i>pastoreos</i> a la <i>casa</i>. Espacialidades y arquitecturas domésticas entre los pastores altoandinos (Susques, provincia de Jujuy)	257
<i>Jorge Tomasi</i>	
Criar y ser criados por las plantas y sus espacios en los Andes Septentrionales de la Argentina	301
<i>Verónica S. Lema</i>	
Los autores	339
Los evaluadores	343
Índice	347

Índice Tomo II

- ¿Qué es la Puna? El imaginario geográfico regional en la construcción conceptual del espacio argentino (siglos XIX y XX)** 5
Alejandro Benedetti
- Construyendo jurisdicción, construyendo poder: límites, amojonamientos y competencias jurisdiccionales en la conformación del Jujuy colonial (siglos XVI-XVII)** 75
Dolores Estruch
- Minería, población, paisajes y territorios: el caso de la Puna de Jujuy durante el período colonial (siglos XVII y XVIII)** 117
María Florencia Becerra
- Turismo en Tilcara, Purmamarca y Humahuaca. Un análisis de las transformaciones socioeconómicas y culturales en el territorio** 153
Lucila Salleras y Natalia Borghini
- “Antarca no” (de espaldas no). Cambios generacionales en la atención del embarazo y el parto en las mujeres de Susques** 195
Raquel Irene Drovetta

Procesos sociohistóricos y modos cotidianos de diferenciación en la frontera argentino-boliviana: el caso de La Quiaca (Jujuy) y Villazón (Potosí)	241
<i>Marcelo Fernando Sadir</i>	
Niveles de articulación territorial, el caso de la Cooperativa Cuenca Río Grande de San Juan (Jujuy, Argentina)	279
<i>Natividad M. González</i>	
Desarrollo local y conservación de vicuñas silvestres en la puna jujeña: presente y futuro a partir de la experiencia de manejo de la localidad de Cieneguillas	309
<i>Ana Celeste Wawrzyk</i>	
Los autores	339
Los evaluadores	343
Índice	347